

El objeto-droga y sus destinos¹

Por Luciano Lutereau² y Gabriel Belucci³

Resumen

En el presente artículo se parte de considerar la situación del consumo en la cultura actual, época de "adicciones generalizadas" para, luego, precisar el estatuto del objeto-droga y situar posibles usos del mismo que no necesariamente llevan a un consumo problemático. Asimismo, se considera el consumo desde el punto de vista de la clínica diferencial, en particular su presentación en ciertas formas de psicosis, y se esclarecen perspectivas posibles para el tratamiento.

Palabras clave

Psicoanálisis, consumo, adicciones, droga.

Abstract

In this article, we start by considering the situation of consumption in the current culture, a time of "generalized addictions" to then specify the status of the drug object and locate possible uses thereof that do not necessarily lead to problematic consumption. Likewise, consumption is considered from the point of view of the differential clinic, in particular its presentation in certain forms of psychosis, and possible perspectives for the treatment are clarified.

¹ Este trabajo fue presentado como parte de la Jornada de la Diplomatura en Fundamentos Clínicos del Psicoanálisis en la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) en octubre de 2016.

² Psicoanalista, Doctor en Psicología y Filosofía por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es coordinador de la Licenciatura en Filosofía de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES). Correo de contacto: lucianolutereau@hotmail.com

³ Psicoanalista. Licenciado y Profesor en Psicología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Residencia completa en Psicología Clínica, HGA «Cosme Argerich». Responsable de la Especialización en Psicología Clínica de Adultos, Colegio de Psicólogos de Lomas de Zamora. Director de la Diplomatura en Fundamentos Clínicos del Psicoanálisis (UCES). Correo de contacto: gbelucci@gmail.com

Keywords

Psychoanalysis, consumption, addictions, drugs

Resumo

Neste artigo, começamos considerando a situação do consumo na cultura atual, uma época de "vícios generalizados" para, então, especificar o status do objeto da droga e localizar possíveis usos da mesma que não levem necessariamente ao consumo problemático. Da mesma forma, o consumo é considerado do ponto de vista da clínica diferencial, em particular sua apresentação em certas formas de psicose, e possíveis perspectivas para o tratamento são esclarecidas.

Palavras chave

Psicanálise, consumo, vícios, drogas

“Todos somos adictos”, dice una conocida canción de Soda Stereo. Esta expresión refleja el movimiento que el pensamiento clínico sobre las adicciones ha realizado en los últimos años. Por un lado, hacia la indeterminación del lugar privilegiado del objeto-droga, saldo del paradigma médico que recogiera implícitamente la perspectiva jurídica y el planteo de sustancias prohibidas o ilegales. Por otro lado, la ampliación del registro de la conducta hacia instancias de la vida cotidiana que pueden resultar más o menos compulsivas.

En este último caso, se trataría de las llamadas “adicciones sin drogas”, que incluyen desde relaciones amorosas hasta las nuevas tecnologías. En este último campo, el concepto rector desde el psicoanálisis fue el de “impulsión”. A expensas de los fundamentos pulsionales del sujeto, hemos visto aparecer propuestas clínicas de especialización, determinaciones de pacientes que ya no serían como los “clásicos”; pero, ¿estas orientaciones no tienen el problema de que suelen llevar hacia una teoría del déficit, en la medida en que sólo podríamos pensar estas formas de subjetividad a partir de lo que les faltaría para ser tratables por el psicoanálisis?

Asimismo, otra dificultad radica en la pluralización de la noción de consumo: en ciertos trabajos se amplía la aproximación a las adicciones a partir de la descripción de las formas actuales del consumismo capitalista. Es en este sentido que podríamos suscribir nuevamente la afirmación de Gustavo Cerati mencionada en el comienzo. En esta misma dirección avanza una descripción reciente formulada por Zygmunt Bauman en su libro *Vida de consumo* (2009):

En el camino que conduce a la sociedad de consumidores, el deseo humano de estabilidad deja de ser una ventaja sistémica fundamental para convertirse en una falla potencialmente fatal para el propio sistema, causa de disrupción y mal funcionamiento. No podría ser de otra manera, ya que el consumismo, en franca oposición a anteriores formas de vida, no asocia tanto la felicidad con la gratificación de los deseos [...] sino con un aumento permanente del volumen y la intensidad de los deseos, lo que a su vez desencadena el reemplazo inmediato de los objetos pensados para satisfacerlos (p. 50).

En este punto, la posición de Bauman podría converger con el desarrollo lacaniano del discurso capitalista, en el que el *partenaire* del sujeto es un objeto, lo cual explica por qué no es en sentido estricto un discurso, dado que rompe con el lazo social.

Sin embargo, el aspecto que podría invalidar esta aproximación radica en la presuposición de que sujeto y subjetividad son equivalentes. La sociología expone los cambios en los modos de constitución de formas históricas de subjetivación, mientras que el psicoanálisis es una teoría del conflicto, del sujeto entendido como división; de ahí que la investigación que releva “cambios” de un tiempo a esta parte (de la sociedad moderna a la *liquidez* contemporánea), poco dice respecto del conflicto que el consumo representa para quien padece una adicción.

El objeto-droga y sus usos subjetivos

El objeto-droga constituye un recurso que en nuestra época se encuentra al alcance de cualquiera. Como objeto, podríamos diferenciarlo tanto del objeto del deseo, que en sentido estricto es un vacío, como de los objetos parciales que se recortan a partir de la operatoria de la castración, y que se coordinan con la función fálica. Al menos en el modo en que este

objeto se inscribe en el discurso capitalista, funciona como un elemento que materializa la forclusión de la castración; es decir, no se trata ni de un objeto-vacío ni de un objeto coordinado con la falta, sino que presentifica la ilusión de un goce pleno aunque efímero, acorde a la economía de goce el capitalismo actual. Aun así, la droga puede tener distintos usos subjetivos, según las diferentes condiciones de estructura y la singularidad del sujeto. Es preciso, entonces, interrogar esos usos diferenciales.

En las psicosis, la droga suele tener el valor de una “automedicación”, un modo de tratar las consecuencias de la condición de estructura. Muchas veces viene a ordenar de algún modo la relación con el goce, por ejemplo, cuando contribuye a localizarlo. Un paciente que padecía de erecciones carentes de todo vínculo con la excitación, logró regular esas erecciones mediante el consumo de viagra, de manera que ahora podía referirlas a los efectos del fármaco. Los ejemplos podrían, por supuesto, multiplicarse.

La droga puede también devolverle al sujeto cierto registro de vitalidad o de potencia, en ausencia del operador fálico. Así se constata con las drogas euforizantes, como la marihuana y algunas drogas sintéticas, e incluso con la cocaína, que induce una ilusión de fortaleza yoica conocida como el “síndrome de Popeye”. El problema es muchas veces el “bajón”, es decir, lo que sobreviene al finalizar el efecto químico, que si bien puede ser contrarrestado por la renovación del ciclo de consumo, deja al sujeto en una condición de fragilidad no desdeñable.

Asimismo, drogas como la marihuana, que además de tener regularmente un efecto euforizante y desinhibitorio son utilizadas en contextos grupales, facilitan a no pocos psicóticos sostener lazos con pares, máxime cuando funcionan como claves de pertenencia grupal.

Otro punto importante es, en las psicosis, la relación con el cuerpo. Algunos autores, como Le Poulichet (2005), plantean que la droga puede funcionar como la tentativa de cerrar un cuerpo ante el avance intrusivo del Otro (p. 127). Es preciso avanzar, sin embargo, en la elucidación de los distintos modos en los que la droga permite tratar la inexistencia de un cuerpo en las psicosis.

La droga tiene en algunos casos un valor restitutivo, similar al del delirio, como se verifica en su exclusión recíproca en algunos casos –pacientes que, cuando consumen, no deliran– y en el lazo, constatable en algunos de esos pacientes, con la referencia paterna –por ejemplo, cuando el sujeto sigue en el consumo los pasos del padre, instituyéndolo como un punto de anclaje central, tal como hiciera Schreber de modo delirante al establecer su relación de privilegio con Dios–. Otras veces, el tóxico permite tratar el vacío de significación, explicándolo como efecto del consumo.

Un uso muy frecuente es el de dar al sujeto un ser, mediante la convicción de “ser adicto”, que lo inscribe en cierto lugar ante y entre los otros. También aquí importa deslindar las distintas variantes de este “ser adicto”, cuánto hay en ello de pura alienación o identificación imaginaria, y en qué punto responde a una operación de nominación más compleja y de mayor alcance.

La experiencia sugiere aquí una diversidad que es menester considerar. Lo que es claro es que en ninguno de estos casos podríamos desconocer o cuestionar esa convicción. Es cuestión, muchas veces, de tratar las consecuencias de ese “ser adicto”, aun bajo el modo de “ser un adicto recuperado”, solución más eficaz para algunos que la eventual caída del ser que así obtienen, y que podría llevarlos a lo peor.

Es sabido, por otra parte, que el recurso a la droga en las psicosis tiene con frecuencia un efecto paradójico, al inducir un exceso o una deslocalización del goce que puede incluso desencadenar la estructura. Son conocidos casos así, en particular en la adolescencia, en los que los fenómenos elementales pueden quedar enmascarados por mucho tiempo por los efectos de las sustancias. Otras veces, el punto de quiebre no son los efectos de la sustancia, sino la pérdida de la función que desempeñaba.

Todo lo anterior es, entonces, una advertencia para los analistas acerca de la importancia de la conjetura diagnóstica, así como de hacer una lectura sobre la función que la droga cumple. Sin esta doble coordenada, indefectiblemente nos extraviamos. En esto, estamos hoy

en mejores condiciones que hace sólo unos años para leer las psicosis, incluso en sus manifestaciones más sutiles y larvarias.

En la neurosis, la droga es con frecuencia un medio para suprimir la angustia, aliviar el dolor, resolver inhibiciones, es decir, obturar la división, aunque es preciso atender –como en cualquier otra condición de estructura– a sus usos singulares. Así, un analizante que ocasionalmente había consumido cocaína, relataba que ese consumo, realizado exclusivamente en compañía de su hermano mayor, le permitía “hablar de cosas profundas”. A la pregunta de a qué se refería, puso como ejemplo “la paternidad”. De este modo, una droga habitualmente utilizada para desligarse de la palabra y de la falta, como la cocaína, servía en ese caso a un propósito inverso.

Las relaciones del objeto-droga con la perversión han sido abordadas de un modo mucho más restringido. Se podría suponer que la droga funciona muchas veces, dentro del ámbito de eficacia de la *Verleugnung*, como otro modo de obturar la castración y sostener la pretensión de acceder a un goce no marcado por la falta. En la *mise-en-scène* perversa, la droga puede ser un elemento más en el movimiento que busca que el otro, su *partenaire*, acceda a un goce desconocido, cargando el peso de la división subjetiva y de la angustia de las que el perverso se desembaraza. Si bien esto es plausible y ha sido articulado así por algunos autores, carecemos de testimonios clínicos que permitan verificar esta conjetura, así como encontrar las variantes que el uso de la droga tiene sin dudas, también en ese campo.

En este marco, interesa pensar las adicciones como un modo específico de relación con el objeto-droga, e interrogar las relaciones que ese modo de relación tiene con la estructura, cuestiones no exentas de incertidumbre y controversias.

La adicción como modalidad de relación al objeto-droga

Hace algunas décadas, era corriente una discusión acerca de si existía una “personalidad adictiva” o habría que pensar las adicciones en el contexto de las modalidades patológicas ya deslindadas por el psicoanálisis. Aunque esa discusión no podría ser planteada hoy en esos

términos, importa pensar las adicciones como una *posición particular*, e investigar su relación con la estructura.

Una primera cuestión que se plantea es deslindar esta posición de aquellos usos del objeto-droga que no serían estrictamente adicciones. La etimología aporta aquí un primer trazo para pensar. Las fuentes contemporáneas coinciden en que el término deriva del latín *addictus*, que designaba a aquellos hombres que por sus deudas habían sido adjudicados legalmente como esclavos a sus acreedores, de manera temporaria o permanente. De modo que está presente, en el origen del término, la significación de estar “entregado a otro”, en función de cierta deuda que es menester saldar. Si pensamos el “estar entregado a” en relación al objeto-droga, es interesante pensar que ese “entregarse a” apunta a saldar una deuda, a suturar una falta.

El otro término corriente en este campo, “toxicomanías”, subraya por un lado el lugar central del tóxico, dejando de lado, entonces, aquellas “adicciones” en las que este elemento no está presente. Por otro lado, establece alguna relación con la manía, como posición subjetiva que se desliga de todo lazo con la castración, y que involucra una infatuación yoica en la que viene a coincidir con el toxicómano.

Estas coordenadas no resuelven el problema de la relación a la estructura. ¿Es posible encontrar este tipo de relación con el objeto-droga en cualquiera de las condiciones de estructura que se desprenden de las elaboraciones de Freud y Lacan? Si así fuera, habría que tener en cuenta que la relación con la falta no se plantea en cada una de ellas en los mismos términos, algo que cualquier teoría psicoanalítica de las adicciones tendría que considerar.

Algunos trabajos publicados en los últimos veinte años parecen apuntar a una relación privilegiada de las adicciones con la llamada “clínica de los bordes”. Haydée Heinrich, por ejemplo, encuentra una dificultad específica en el atravesamiento de la temporalidad edípica. Recordemos que, si el padre interviene en el segundo tiempo operando una interdicción que supone la “caída del paraíso”, ese movimiento sólo se completa si se habilita para el sujeto un *campo de posibles* habitado por el movimiento del deseo y el brillo agalmático.

Así, el fracaso en la dimensión estrictamente *metafórica* del padre –en el sentido etimológico de un “llevar más allá”– abriría la tentación de engancharse con el objeto-droga, en tanto entraña la promesa de retorno al supuesto paraíso perdido (Cf. Heinrich, 1996, p. 55-57).

Para quienes están sujetos a la Ley del Padre, el objeto-droga aporta además la ilusión de un *reencuentro con el objeto*, que a nivel de la estructura opera como pérdida inaugural, según el modelo freudiano de la vivencia de satisfacción.

Sergio Staude (1998), por su parte, sitúa la adicción como una “formación del yo” o un “pseudosíntoma”, ya que –según destaca– no tiene una historia significativa ni está entramada en las marcas del deseo (p. 4). El adicto sostiene una máscara yoica, que puede llegar a una inflación “maníaca” del yo, y que permite sortear la angustia, el dolor, la inhibición y el síntoma, esto es, las *marcas de la división subjetiva* (y de la castración). La droga funciona también, para el adicto, como la promesa de salir de un *estado de vacío*, marcado por la abulia y el desinterés, o por diversos estados de tonalidad depresiva. Éste es, de hecho, uno de los aspectos que ligan con más claridad las adicciones a la “clínica de bordes”.

A diferencia de la perversión, esa maniobra se realiza en estos casos sobre un trasfondo de *fragilidad subjetiva*, y específicamente *narcisista*, que está lejos de la eficacia fantasmática de la que goza el perverso, y que requiere la permanente renovación del consumo para no reabrir ese fondo de fragilidad y desamparo. Sin embargo, esta solución comparte con la perversión el esquivar la pregunta por la existencia, proponiendo en su lugar un goce exitoso y una presunta omnipotencia del yo, efectos ambos de una maniobra renegatoria.

Staude (1998) afirma que en los sujetos adictos encontramos la reiteración de un “montaje adictivo” que sirve para dar forma a un yo que intenta paliar la amenaza de algo insoportable (p. 6). La droga ayuda a mantener la ilusión “maníaca” de fortaleza yoica y de dominio sobre el propio cuerpo y sobre el mundo, según el ya mencionado “síndrome de Popeye” de los cocainómanos. El “montaje adictivo” se centra en la procuración del objeto-droga, e implica el rechazo a pasar por el Otro, así como la instrumentación del otro como medio para acceder

a la satisfacción que la droga aporta. El rechazo al pasaje por el campo del Otro es otro de los puntos que distinguen la posición del adicto de la del perverso, que es un “cruzado” al servicio de devolverle al Otro el goce que sabe perdido.

El adicto pretende colocarse al margen de la castración y, correlativamente, opera un *rechazo de la palabra* como aquello que podría representarlo y detentar una eficacia en el lazo del sujeto al Otro. Los adictos denuncian la palabra como mentirosa, mientras la droga es, contrariamente, “lo que no miente” [1]. Los adictos, sostiene Staude, buscan *respuestas perentorias*, aun antes de saber cuáles son las preguntas [2]. Esas respuestas las buscan no en el terreno del pensamiento, sino por la vía de la *acción*. Se ubican en el punto que Lacan, en su relectura del *cogito* cartesiano, situó como “no pienso”, evitando el tiempo para comprender en pos de alcanzar cuanto antes el momento de concluir.

En la misma medida en que resulta eludida la castración, se elude también la vía del *deseo* (hay que recordar que, según Lacan, la castración permite “reencontrar el goce rechazado en la escala invertida de la ley del deseo”) y del *amor*, que sin embargo pueden ser modos para que eventualmente se opere algún giro, como la experiencia clínica lleva a pensar.

El goce del adicto

En lo expuesto hasta aquí, se perfila una pregunta. Si la droga es, entre otras cosas, un medio de goce, ¿de qué goce se trata? ¿Cuál es el goce del adicto?

Hay coincidencia entre los psicoanalistas en calificarlo de *autoerótico*, idea que no hace más que retomar la tesis freudiana que pone a la masturbación como “adicción primordial”. Esta tesis, expresada en la Carta 79 (Cf. Freud, 1996, p. 314), puede releerse a la luz de desarrollos posteriores del propio Freud, como aquél que distingue un tiempo “autoerótico puro” (es decir, anterior lógicamente y exterior a toda referencia a la fantasía). No se trata de la masturbación que requiere eso que Colette Soler llamaba la “condición de complementariedad”, es decir, el *partenaire*, sobre un fondo de pérdida con respecto al goce.

Se trata, en este caso, de una modalidad de goce que *pretende prescindir completamente del Otro*, cabalmente ilustrada por una escena común en los bares holandeses autorizados para el consumo de drogas, en la que la copresencia de los cuerpos no implica lazo alguno, o una escena de la película *Martín H* (1997), en la que uno de los personajes invita al protagonista a mantener un encuentro sexual con una joven que se encontraba bajo los efectos de la droga, aclarándole que no se iba a enterar de lo que sucediese.

El goce del adicto, por otra parte, *no está bajo la égida de la función fálica*. Lacan, de hecho, se refirió a la droga como lo que permite “romper el matrimonio con el hace-pipí” (Cf. Lacan, 1975). Se trata de una modalidad de satisfacción *deserotizada*, que en su extremo coincide con el *empuje-hacia-la-muerte*, tanto en su faz estridente, ligada a la destrucción y la violencia, como en el apagamiento de la apatía-anhedonia, hasta llegar a la apariencia espectral de los consumidores de drogas “duras”, cadáveres vivientes que recorren la polis.

Tampoco encontramos en la droga la relación con el *valor* y el *intercambio* que la función fálica establece, y que hace posible una circulación: la estructura de los discursos, en efecto, se sostiene en la castración. El goce de la adicción restringe progresivamente la circulación a su valor *puramente instrumental*, esto es, a procurarse la sustancia. Y es claro, finalmente, que la droga permite al adicto eludir por completo la pregunta por el Otro sexo, por la diferencia sexual.

Otro punto que algunos autores han destacado es que, en el goce de la droga, no hay una zona erógena implicada, siendo la zona erógena lo que marca tanto el carácter sexual del goce que tiene allí su fuente, cuanto el pasaje por el campo del Otro, sin el cual no podría constituirse. Ésta es la razón de que este goce haya sido nombrado alguna vez como “incorporal”. La droga no es un objeto pulsional, como tal arrancado al cuerpo del Otro. Esto no es privativo de las adicciones, pero marca un aspecto importante en la relación del adicto al goce.

En relación con las coordenadas de la época, la masividad alcanzada por las adicciones puede pensarse como un efecto al discurso capitalista, que revela su estructura y sus

consecuencias. El discurso capitalista, en tanto modo de lazo hegemónico, supone en efecto un empuje-a-gozar que excluye la castración y promueve formas cada vez más autoeróticas, basadas en el *gadget*, como ilustran una enorme variedad de situaciones sociales en las que, una vez más, la copresencia de los partícipes constituye lazos precarios, interrumpidos todo el tiempo por llamadas a celulares y diversos formatos de mensajes de texto.

En ese punto podría afirmarse, sin exagerar, que el *gadget* y el objeto-droga son homólogos, en cuanto al lugar que vienen a ocupar en el lazo social. Esto abona en parte el diagnóstico pesimista en cuanto a los márgenes para introducir allí otro modo de lazo, pero de eso justamente se trata la apuesta del psicoanálisis.

Trazos para un tratamiento analítico

Se sabe que la clínica de las adicciones es una de las más áridas y escasas en cuanto a efectos analíticos y terapéuticos, y una de las que más frecuentemente presentan interrupciones y recaídas. De acuerdo a la política que nos orienta, es preciso partir del obstáculo para trazar desde allí algún camino posible.

Comenzamos a orientarnos en esta clínica si consideramos que lo que los sujetos adictos nos transfieren nos confronta una y otra vez con la *imposibilidad*. Podríamos incluso afirmar que *la clínica de las adicciones es una clínica de lo imposible*. El problema está dado en la coordinación entre el lugar de lo imposible y las posibilidades de las que un sujeto dispone.

Conjugar lo imposible del incesto con un campo de posibles que habilita un más allá es el nudo mismo de la operación del padre. Es allí donde encontramos una dificultad particular – ya señalada– en el atravesamiento de la temporalidad edípica, ya que si bien el padre pudo intervenir en primera instancia produciendo una interdicción del goce incestuoso, ese movimiento sólo se completa si se abre para el sujeto un *campo de posibles* atravesado por el movimiento del deseo y el brillo agalmático que anima la vida de cada quien. Es allí donde el adicto ha fracasado, y es con ese fracaso que nos confrontamos. Un primer paso, entonces, es

soportar eso que nos es transferido, lo cual implica aceptar que partimos de un fracaso, y que cualquier movimiento que se produzca es una ganancia.

Hay que señalar, por otra parte, la esterilidad de la interpretación, en tanto la relación del sujeto a la palabra y al inconsciente es precaria. Es más productivo un trabajo en la vertiente de la construcción, que en este caso suele tomar la forma de una *ubicación de coordenadas*, en particular cuáles son las circunstancias en las que el sujeto recurre al objeto-droga y, más importante aun, *a qué intenta responder* con él. Staude propone realizar *operaciones de montaje*, en un sentido cinematográfico de corte y ensamble de escenas, operaciones hechas sobre la dimensión imaginaria de las escenas que las van articulando en relato y favoreciendo su elevación al plano del discurso (Cf. Staude, 1998).

Otras intervenciones lógicas, del orden de la construcción, se dirigirán más bien al nudo de lo imposible de la castración a los posibles de la realidad, es decir, a articular toda renuncia a un campo de posibles. En eso el psicoanálisis puede coincidir plenamente con el discurso del progresismo: la restricción y la sanción son inoperantes cuando no van acompañadas de nuevas posibilidades.

Ciertas operaciones involucran la *dimensión legal*. No se trata ni de asumir una *posición normativa* a ultranza, ni de prestarse a la manipulación que suelen proponer estos pacientes. Es posible apelar al valor del *encuadre*, no tanto en su dimensión escénica sino en tanto fundado en la *terceridad de un pacto*. Hay, entonces, un uso particular del semblante para invocar la relación al campo de la ley y restituir *en acto* la eficacia negativa de la Ley del Padre. Nuevamente, será fundamental el trabajo en relación a *otros goces posibles* a partir de cierta operación de renuncia.

En el trabajo así efectuado, no hay que desestimar la ubicación de las marcas significantes que podrían habilitar el pasaje del campo del goce al del deseo, y que en algunos casos –de seguro los menos– harán posible la *producción del síntoma*.

Referencias bibliográficas

Cf. Bauman, Z. (2009). *Vida de consumo.*, México: Fondo de Cultura Económica

Cf. Freud, S. (1996). Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Carta 79. En *Obras Completas*. Vol. I. Buenos Aires: Amorrortu

Cf. Heinrich, H. (1996). *Cuando la neurosis no es de transferencia*. Rosario: Homo Sapiens

Cf. Lacan, J. (Abril 13 de 1975). *Clausura de la Jornada de Cárteles*. Lettres de la EFP.
Traducción de la EFBA

Cf. Le Poulichet, S. (2005). *Toxicomanías y psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu, Buenos Aires

Cf. Staude, S. (1998). *Un síntoma prêt-à-porter: las adicciones*. Recuperado de <http://www.efba.org/efbaonline/staude-04.htm>

Notas:

[1] Según la letra de una conocida canción: “She don’t lie,/ She don’t lie,/ She don’t lie.../ Cocaine” (“Ella no miente,/ ella no miente,/ ella no miente.../ cocaína”).

[2] Aquí podemos evocar otra canción, aquella que afirma “no sé lo que quiero/ pero lo quiero ya”.